

Tú y Yo (Eternamente Juntos)

Mishelle Bravo



Capítulo 1

La infancia se mide por los sonidos, olores y vistas, antes de las horas oscuras en que la razón crece. -John Betjeman

El oscuro atardecer ya pintaba todo el horizonte de la ciudad, una ciudad que nos aborrecía. Lo único que nos cuidaba cada noche era la Luna, oh grandiosa Luna. Nos arropaba cada noche con su luz brillante. El frío nos empujaba a buscar cobijo debajo de alguna escalera o de algún puente. Al fin y al cabo nadie se apiadaba de nosotros. Ni siquiera nuestra propia gente humana, que decía tener corazón.

Capítulo 2

Su apariencia engaña a muchos ignorantes que creen que un sucio mendigo no puede ser inteligente o que tenga sentimientos. Muchas veces llegan a pensar que son seres inhumanos, que buscan hacer el mal a la gente, y lo puedo comprender, muchos lo hacen, pero él no. Lo juro por su existencia que estoy diciendo la verdad. Yo soy alguien que siempre lo acompañará, porque él es solamente un niño de 7 años, el cual no tiene a nadie más que a mí. Su inocencia está desgastada por la vida en la calle, sin embargo sólo es un niño. Yo observo cada día de su existencia, y no es nada fácil, ni agradable, pero estoy orgullosa de él. Todos los días es una aventura para los dos. Es duro, pero no es difícil ver el lado bueno a todo, al menos para nosotros.

Encontramos unas pequeñas cajas de cartón al lado de un contenedor y decidimos cogerlas para construir un pequeño refugio para la noche. Durante mucho tiempo habíamos buscado un lugar para dormir tranquilos y sin que nos echaran. Al final lo habíamos encontrado hace una semana. Posteriormente encontramos en el mismo lugar unas colchas raídas. Nos servían, así que las cogimos y la llevamos a nuestro Refugio. Solamente esperaba que al día siguiente alguien nos trajera comida, y que la deje en el mismo lugar. Pero, eso jamás llegó. Siempre esperábamos a fuera de los locales de comida rápida. Él decía:

—Esperemos sólo un rato más, tal vez se apiaden de nosotros

—Nadie se apiadará de nosotros —Contesté.

Sin embargo, esperamos un poco más y un señor de aspecto severo apareció ante nosotros.

—Tomad, pero iros de aquí. Estáis incomodando a los clientes.

Él cogió la bolsa de las manos del señor y nos retiramos.

Abrió la bolsa y esta contenía una bandeja plástica con pollo frito y varias porciones de patatas fritas. Él me preguntó:

— ¿Quieres?

—No, no tengo hambre

— ¿Segura?

—Completamente.

Empezó a comer... No, a comer no. A devorar es la palabra adecuada.

Una vez acabó, cogió la bandeja y la dejó en el suelo.

—Ey, ¿no se te olvida algo? —Pregunté

—Hmmm... ¡Ah! No tengo que tirar las cosas al suelo. Perdón.

Agarró de nuevo la bandeja plástica y la depositó en la papelera más cercana.

—Mucho mejor —Dije con una sonrisa— Creo que deberíamos volver a nuestro refugio.

—Tienes razón.

—Yo siempre tengo razón —Le dediqué una sonrisa reconfortante.

Hace algún tiempo podía sentir como el frío se internaba en mis huesos, y cómo mi cuerpo se estremecía al sentirlo. Pero, ya no. Sin embargo recuerdo y siento aquellas sensaciones viéndolo, viendo a aquel niño en la calle.

Habían dos hombres de traje elegante y una mujer de vestido violeta, demasiado destapado a pesar del frío. ¿Sabes? Tan sólo he narrado parte de lo que vivimos en un día, pero prácticamente este es el día en el que nuestras vidas cambiaron. También creo que es hora de que sepáis cómo nos llamamos.

¿Preparados?

En primer lugar mi nombre es Alidia y él se llama Haziel.

Ahora que sabéis nuestros nombres será más fácil entender la parte a continuación.

Capítulo 3

Sigamos:

Estábamos parados delante de aquellos señores, un tanto embobados. Y aquella mujer de vestido corto que se encontraba de espaldas a nosotros se dió la vuelta. Nos observó de pies a cabeza y entonces le susurró algo a uno de los señores de traje. El señor sonrió. La señora se fue acercando a nosotros con una sonrisa radiante.

—¿Qué haces aquí, niño? —Preguntó

—Nosotros vivimos aquí —Contestó Haziel.

—¿Nosotros? Mi querida criatura aquí no hay nadie más que tú, yo y esos señores.

—Delante de mí está Alidia, ¿no la ve? Está intentando protegerme de usted.

Sí, era verdad, me puse delante de él. No confío en nadie a excepción de él.

—No veo a nadie, cariño. ¿Tienes frío? ¡Dorian, trae un abrigo para este chiquillo!

Uno de los hombres trajeados se movió y acató la orden. Inmediatamente, y como por arte de magia, a Haziel lo abrigaba un hermoso abrigo de color añil. Él lo abrazó como cuál peluche, como queriendo internarlo en su alma. Mientras Haziel estaba encantado con la chaqueta, uno de los hombres trajeados lo agarró y lo asfixió con un pañuelo escarlata.

No pude hacer nada.

¿Qué puede hacer un alma vagabunda contra alguien vivo?

Nada.

Así que sólo observé la escena, esperando el siguiente paso de aquellos inhumanos. Después de unos diez minutos apareció un auto de color escarlata.

Aquel auto no pasaría desapercibido en ningún sitio.

Subieron a un inconsciente Haziel en el auto y se marcharon.

Empecé a perseguirlos en cuanto el auto estuvo en marcha. No tenía idea de hacia donde iban, pero el auto se fue internando en el bosque más cercano. Mientras más avanzaba más me inundaba una sensación de sobrecogimiento y familiaridad. No sabía por qué. El auto se detuvo en una enorme mansión. La mansión estaba rodeada por una valla de color escarlata...

Alguien tenía una gran obsesión con aquel color.

La puerta se abrió y el auto entró.

Una vez el auto estacionado frente a la casa, la señora de vestido pequeño salió y ordenó a uno de los señores de traje que llevaran a Haziel dentro de la mansión.

Mi preocupación iba incrementando con cada paso que daba aquel hombre. Lo perseguí por toda la encantadora y lujosa estancia. Diseños de épocas coloniales, pinturas de Botticelli, Picasso... Cubrían aquellas inmensas paredes. Uno en especial llamó mi atención. El cuadro tenía pintado el paisaje de una familia feliz; caminando sobre la cálida arena de la playa. Era un niño de pelo rubio, una niña de más edad le cogía la mano. Su cabello era castaño, largo y estaba alborotado por la brisa del mar. Sus padres lucían felices y contemplaban a sus hijos con ternura.

Aquella familia era tan feliz...

Salí de la ensoñación en la que estaba atrapada y me puse otra vez en marcha. El señor llevaba a Haziel hacia una habitación subterránea. Bajó muchos escalones y abrió una puerta que estaba escondida detrás del cuadro de la Mona Lisa. Adentro de aquel lugar se escuchaban gritos inhumanos. Gritos que desgarrarían en mil pedazos el corazón.

Entré en el lugar...

Niños...

Habían muchos niños allí abajo, en situaciones deplorables. Algunos tenían magulladuras por todo el rostro. Otros tenían los ojos hinchados de tanto llorar; y otros simplemente estaban sentados dibujando con piedras que encontraban, en la pared. Eran niños de edades variadas, pero no menos de 5 años y no más de 9 años. El hombre dejó a Haziel en el suelo y se retiró de aquel lugar. Si es que aquello se le podía decir lugar.

¿Un nuevo?

¿Cuál será su nombre?

¿Cuántos años tendrá?

Esas eran las preguntas que se hacían los niños.

Después de unos diez minutos Haziel despertó, y para cuando se intentó levantar ya había un grupo de niños alrededor de él. Un niño se abrió paso entre la multitud y ayudó a Haziel a levantarse.

—¿Cómo te llamas? —Preguntó el niño de cabello negro y ojos claros.

—Haziel.

—Bienvenido a *Pandilandia*.